

tanto su boca como su mano izquierda parecen expresar: “*Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne*”, corroborando su expresión la frase “*Por eso, dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y vendrán a ser los dos una sola carne*” (Gén.: 2, 23-24).

A la izquierda, Eva, quien lejos de mostrarse orante o meditativa, se manifiesta de forma muy diferente. Si el gesto es, a nuestro juicio, el medio expresivo más importante de este ciclo, y lo hemos indicado para los cuadros anteriores, el de Eva es fundamental para calibrar el concepto que se quiere transmitir sobre la primera mujer; ésta, sintiéndose observada y dándose cuenta del efecto que causa en su compañero, se dirige hacia él complacida, mirando el mechón de pelo que con su mano derecha separa de su larga melena en un mohín de asombrosa coquetería, actitud que en ciertas ocasiones, especialmente en época prebarroca, se recogía en escenas de la *Tentación* y *Caída*, en las que Eva se miraba en un espejo, símbolo de la soberbia y de la vanidad y también, a veces, de la lujuria.

El arte cristiano nunca fijó tipos iconográficos para los padres de la humanidad; los artistas los imaginaron de acuerdo con sus ideales personales y con las modas de cada tiempo. Aquí se les representa bastante blancos y con cabelleras rubio-doradas; Adán con el cabello rizado, Eva con larga melena.

A.2.- CICLO DEL PECADO ORIGINAL

A.2.1.- Tentación y Caída de Adán y Eva (loc. 4; fot. 10).

Dice el Génesis que “*plantó Yahvéh un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre a quien había formado. Y Yahvéh hizo brotar del suelo toda clase de árboles gratos a la vista y de frutos sabrosos; y también el árbol de vida en medio del jardín, y el árbol de la ciencia del bien y del mal*” (Gén.: 2, 8-9).

Los artistas, en general, no se han preocupado por las controversias y teorías que los teólogos mantuvieron durante siglos en relación con la situación, forma y localización del Paraíso Terrenal, pero casi siempre lo plasmaron en sus pinturas como un lugar idílico, refrescante, luminoso y lleno de paz, surcado de fuentes y de corrientes de agua; jardín de delicias poblado de animales y plantas de todas las especies. Ésta es la imagen que siempre transmite el maestro de Hellín en sus vistas del mismo; espacio frondoso, umbrío, pleno de vegetación -con preciosos y cuidados macizos de diversas flores en los primeros planos-, con aves de hermoso plumaje y paisaje rocoso imaginario al fondo.